

REVOLUCION.

SUBSCRIPTION RATES.

One year \$ 2.00
Six months " 1.10

CONDICIONES:

REVOLUCION se publicara todos los Sabados, siendo los precios de suscripción los siguientes

En los Estados Unidos

Un año \$ 2.00
Un semestre " 1.10
Números sueltos .05

En la República Mexicana

Un año, moneda mexicana, \$ 5.00
Un semestre " 3.00
Números sueltos 0.10

Todo pago debe ser precisamente adelantado

Háganse las remesas de dinero, en Billetes de Banco, por giro postal ó por Express, dirigiéndolas en todo caso al Editor, 660 San Fernando, St. Los Angeles, Cal. U.S.A.

Editor y Propietario:
MODESTO DIAZ.

COMPLETEMONOS.

Algunas gentes de estrecha mentalidad creen que los liberales somos impotentes para enfrentarnos á la Dictadura y que los ideales que perseguimos — condensados en el Programa que nos sirve de bandera — no pasan de ser hermosas utopías, ensueños irrealizables, quimeras, pobres quimeras sin otra perspectiva que el martirio punzante, que el INRI de befas sangrientas y aniquiladoras congijas.

Opinan de tal manera, fascinados por la fuerza aparatosa de la Dictadura y en virtud del hecho, por nadie negado, de que en nuestras filas compactas de plebeyos no se columbra siquiera aquí y allá, para romper la monotonía del andrajo, algún ministro en funciones ó caído, algún potentado de la banca ó la industria ó algún General de esos que alquilan su espada á quien les paga bien y que matan por oficio, sin remordimientos de conciencia y sin preocuparles que la causa que defienden sea meritoria ó execrable.

En efecto, no contamos con el apoyo de políticos eminentes, tan eminentes como corrompidos. Los hombres del Poder, los que se han engrandecido sirviendo á la tiranía, llevan en su propio encumbramiento el estigma de su baja. Guiados por egoísmos bastardos, han colaborado en una obra de infamia, han contribuido á esclavizar un pueblo; y no son ellos, no pueden ser quienes se ligen á una causa que reclama sacrificios y abnegaciones; ni es, no puede ser nuestro Partido el que haya de albergar en su seno á piratas de ese estirpe. Los próceres del dinero, los acaparadores de la riqueza pública están así mismo excluidos de nuestro Partido. No los consideramos como una casta privilegiada; impugnamos la legitimidad de sus explotacio-

nes, combatimos por la redención económica de la clase trabajadora y somos por consiguiente sus naturales enemigos. Tampoco simpatizan con nuestra causa los militares de alta graduación, los potentados de banda y espada, de entorchados y condecoraciones que bajo el imperio de la Dictadura gozan de todo género de privilegios é inmunidades. La Dictadura que los necesita para azuzarlos como perros de caza sobre los ciudadanos que se muestran descontentos, los distingue, los mimas, les hace grandes concesiones, les tributa honores, les proporciona los medios de enriquecerse, y los ampara cuando delinquen, cuando se extralimitan en sus funciones — cosa muy frecuente — y hacen objeto á sus subordinados de vejaciones y hasta de crímenes proditorios.

Los políticos, los burgueses y los militares de alta graduación constituyen la clase dominante, la clase favorecida en estos tiempos de injusticia y opresión. Están unidos por comunidad de intereses y aspiraciones. El régimen actual los protege, les brinda opulencia y poderío. Es su régimen en medio del cual medran y se engrandecen, y, por lo mismo, lo defienden y procurarán su mantenimiento. Bien saben que su predominio está vinculado con la existencia de la Dictadura; bien saben que sus fueros serán derogados y sus prerogativas desconocidas al triunfo de la revolución que está preparando el Partido Liberal.

Las pobres gentes que nos declaran incapaces de derrocar á la tiranía, consideran lo que dejamos apuntado; se fijan en la solidaridad que estrecha y fortifica á los Grandes Señores de México, á todo lo que significa y vale — según la vana terminología oficial — á los detentadores del Gobierno, la riqueza y el ejército; los que pueden comprar cañones y pagar soldados, y sostener con desahogo los gastos de una campaña por dispendiosa y prolongada que sea. Al mismo tiempo dirigen su mirada investigadora á nuestro bando, y, si observan entusiasmos que pugnan por estallar en las multitudes inmensas, incontables de oprimidos, de esclavos que aman la revolución con el mismo intenso sentimiento con que anhelan la libertad; si observan que en número, en arrojo y decisión es fuerte el Partido Liberal, notan también — y ello los impresiona hondamente y norma su criterio — que los miembros de nuestro Partido son en general pobres, muy pobres, humildes hasta la miseria; notan que los directores del movimiento libertador carecen á su vez de recursos para sufragar los gastos de la lucha armada contra el ensobresido despotismo, y de todo ello deducen, las gentes de estrecha mentalidad, deducen que es en vano que atentemos contra la omnipotencia de la Dictadura;

en vano que pensemos en libertarnos del yugo que la Fatalidad impuso á nuestras nuca, á nuestras infelices nuca predestinadas á inclinarse siempre bajo el peso de la ignominia y la esclavitud.

Ronunciar á toda idea de rebeldía, conformarse con la suerte que nos depara nuestro sombrío é implacable Destino, vivir en la pasividad, en el quietismo, en la sumisión, es el consejo que se desprende de tales lucubraciones.

Sin embargo, ¡cuán equivocados están las pobres gentes que se han convertido en apóstoles del pacifismo y predicán la mausedumbre como ura medida de prudencia!

Cierto es que somos muy pobres la mayoría de los que formamos el Partido Liberal; cierto es que á las compactas legiones de parias que optamos por la revolución, nos falta hasta lo indispensable, á pesar de que trabajamos rudamente; en tanto que á nuestros holgazanes explotadores todo les sobra y nadan en el confort y la abundancia; pero ¿qué es lo que individualmente nos toca aportar para conquistar nuestra emancipación?

Somos en número, cientos de veces superiores á nuestros enemigos. Dotados de igual armamento al que ellos poseen, nuestro triunfo no sería dudoso. La falta de armas es, pues, la que nos condena á la servidumbre, la que nos tiene postergados á una insignificante minoría de esbirros y tiranos.

Si poseyéramos armas, seríamos respetados y felices. ¡Armémonos! Que cada quien se compre su fusil y se provea de parque. No es difícil hacerlo. Recurramos á la economía, extrememos nuestras privaciones, reduzcamos nuestros alimentos, no omitamos sacrificio para completar el precio de un Winchester, de un rifle que nos dará el triunfo en la lucha suprema que pronto va á comenzar.

Hemos sufrido tantas miserias, tan acervos dolores, que el sacrificio que hagamos para la compra del fusil nos parecerá insignificante, máxime si consideramos que ese desembolso es el precio de nuestra cara libertad.

Hemos soportado el vasallaje porque hemos querido. El remedio lo tenemos á la mano. Si somos previsores, si nos damos prisa en armarnos, pronto, muy pronto habrá cesado nuestra condición de siervos.

En esta época precursora de la revolución que se aproxima inminentemente, el arma es indispensable al hombre que en verdad se preocupe por escapar al látigo de la opresión. No se concibe un luchador sin su fusil. El hombre desarmado no es un hombre completo. ¡Completemonos!

Sí, completémonos y en breve tiempo será posible demostrar,

que los tiranos que asesinaron al pueblo inerte en Monterrey, en Olancho, en Orizaba, son impotentes para resistir las primeras descargas de nuestros fusiles rebeldes.

EL SOLDADO DEL PUEBLO Y EL SOLDADO DE LA TIRANIA.

Movidas por intereses opuestos, dos fuerzas chocarán en breve tiempo: las fuerzas del despotismo y las fuerzas del pueblo. Las primeras, formadas por esclavos; por hombres libres las segundas.

El soldado del pueblo y el soldado de la tiranía se encontrarán frente á frente en el llano, en la montaña, en el valle, en cualquier parte, y librarán un duelo tremendo: el primero, por la libertad; por la opresión el segundo. Un sol de sangre alumbrará el combate; gritos de odio, de dolor ó de victoria atronarán el espacio; apenas podrá respirarse un aire espeso de humo y de rabia; muchos caerán heridos y otros cerrarán definitivamente los ojos...

Tal es, á grandes pinceladas, el cuadro que se producirá en muchos lugares del territorio nacional.

¡El soldado del pueblo y el soldado de la tiranía: esos serán los combatientes!

El soldado del pueblo irá al combate animado por grandes y redentores ideales. Es el representante de todo un pueblo que sufre y que quiere ser feliz; es el escudo de los desamparados, el brazo fuerte que se hace justicia cuando los encargados de impartirla son sordos á las demandas de los humildes. Va por su voluntad á la lucha, no porque ame la sangre, no porque encuentre goces malsanos en la destrucción y el incendio, sino porque en su noble corazón repercute el dolor de los demás, se duele de las penas, de sus hermanos de servidumbre y él mismo sufre las cadenas y quiere romperlas.

El soldado de la tiranía va al combate con el cerebro vacío de ideales. Es el representante de los opresores; el mercenario que hace armas contra sus hermanos por la pitanza que se le arroja como á un perro y los sablazos con que se le doma como un mulo. Es un esclavo sacado por la injusticia de la masa de los esclavos para convertirlo en azote y en verdugo. Un esclavo armado por el despotismo es un esbirro; un esclavo armado por el pueblo es un libertador.

El soldado de la tiranía no es un hombre: es una máquina de matar. La disciplina cuartelaria le ha atrofiado el corazón: si se le ordena que haga fuego sobre su familia, obedecerá. La sangre no le inquieta: precisamente está amaestrado para derramarla. En la guerra encuentra dos grandes alicientes: el saqueo y violar las mujeres de los vencidos... La victoria, para el soldado del

pueblo, es la adquisición de una libertad, de una reforma, el triunfo de un ideal santo y grande. La victoria, para el soldado de la tiranía, es la satisfacción momentánea de groseros apetitos para continuar después la vida hedionda de esos presidios que se llaman cuarteles.

Un brazo armado produce la muerte; pero si el brazo es de un soldado del pueblo, al dar la muerte hará vivir la libertad. En el caso contrario, si el brazo es de un soldado de la tiranía, al dar la muerte hará vivir el despotismo. La libertad y la tiranía no pueden coexistir: la vida de una implica la muerte de la otra. El orador dijo: "cuando el tirano respira, la libertad desfallece"

Vosotros, soldados de la tiranía, escuchad. Debajo de las culatas de los fusiles que el tirano os puso en las manos, un pueblo gigante ha despertado y quiere moverse. Ese pueblo está formado de hermanos vuestros. Allí están vuestros parientes y vuestros amigos de la infancia y de la juventud; allí están vuestras mismas familias que deben encontrarse en la miseria porque una mano brutal os arrancó de su seno para encarcelaros en el cuartel; allí deben estar vuestros hijos pidiendo pan; tal vez vuestras hermanas y vuestras esposas se hayan prostituido los seres que amábais más y que os hacían menos dura y menos amarga, la amarga y dura vida del pobre! La anciana madre es posible que esté tendiendo la mano á los transeuntes en demanda de una limosna ó que haya muerto de dolor, de hambre ó de vergüenza. Tenéis en vuestras manos las armas que el tirano necesita para tener al pueblo en la miseria, en la ignorancia y en la abyección, y os convertís, por el capricho del tirano, en verdugo de vuestras propias familias. Meditad; pensad. ¿De qué lado están vuestros afectos? ¿La vida perniciososa del cuartel os ha degradado hasta el punto de amar á los que os han privado de la libertad y causan la desgracia de los vuestros y de odiar á los que sufren?

Sabedlo, esclavos de uniforme, parias de los cuarteles, vuestro puesto está en las filas del pueblo. No hagáis vosotros mismos fuertes á los que os hacen sufrir y hacen sufrir á vuestras familias y al pueblo vuestro hermano. La revolución se acerca; ya llega el movimiento preparado por vuestros hermanos para ser libres y felices y haceros á vosotros mismos felices y libres. ¿En qué lugar os corresponde estar? ¿Entre los que oprimen ó entre los que luchan contra la opresión?

Tenéis armas en vuestras manos: uníos á los soldados del pueblo, pasaos con vuestras armas al lado de vuestros hermanos. En las filas del pueblo ganaréis un peso diario libre de gastos y seréis libres. ¡Escoged!

Tenéis armas en vuestras manos: uníos á los soldados del pueblo, pasaos con vuestras armas al lado de vuestros hermanos. En las filas del pueblo ganaréis un peso diario libre de gastos y seréis libres. ¡Escoged!